

DE AUSENCIA

Publicaciones
& *Fomento*
Editorial

COLECCIÓN VINDICTAS

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

MARÍA LUISA MENDOZA

DE AUSENCIA

INTRODUCCIÓN
JAZMINA BARRERA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2019

De Ausencia

Primera edición: Editorial Joaquín Mortiz, 1974

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Mendoza, María Luisa, autor. | Barrera, Jazmina, prologuista.

Título: De ausencia / María Luisa Mendoza ; introducción, Jazmina Barrera.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2019. | Serie: Vindictas.

Identificadores: LIBRUNAM 2048528 | ISBN 978-607-30-2098-5

Clasificación: LCC PQ7297.M4614.D4 2019 | DDC 864—dc23

Primera edición colección Vindictas: 5 de agosto de 2019
D.R. © 2019 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,
04510, Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-2098-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México

DE CHINA LIBRE

María Luisa Mendoza, mejor conocida como la China Mendoza, vivía en la colonia San Miguel Chapultepec, donde vivo yo, donde también vive mi madre y donde nació y murió mi abuela. Creí que ya no se usaba, pero al parecer todavía es común que a las mujeres de pelo chino les digan de cariño chinas (parece que es una confusión mexicana eso de asociar los rizos con los asiáticos, que suelen tener el pelo lacio). Como en esa canción que dice “China de los ojos negros, por qué me miras así”. A mi difunta abuela también le decían la China, y por esa coincidencia, esta otra mujer, esta escritora que vivía en nuestra colonia, ya me caía bien de oídas, desde antes de conocerla.

La vi unas pocas veces, pero las recuerdo todas. En especial la primera, cuando un grupo de vecinas fuimos a defender su jacaranda. Fue un par de años después de la muerte de mi abuela; una mañana de sábado, una docena de vecinas caminamos a su casa, nos paramos enfrente un ratito para que la prensa nos sacara fotos, y luego pusimos en el predio contiguo un letrero de clausura simbólica. Alguna de esas incontables inmobiliarias usureras quería construir ahí un edificio ilegal, de diez pisos, que iba a quitarle a la China la luz, el calor y el silencio, pero lo que más le importaba a ella era que iban a tirar una jacaranda enorme, que se asomaba a su jardín y que ella adoraba.

Ahí me empecé a encariñar con esta mujer encantadora, que no solo compartía con mi abuela el apodo sino también el modo de hablar —las dos eran de la misma década, y aunque mi abuela era de Jalisco y ella de Guanajuato, compartían muchas expresiones y palabras—. Además me pareció admirable que, a sus ochenta y pico de años, con lo mucho que le costaba caminar, hiciera hasta lo imposible por defender su querida jacaranda.

Busqué por todas partes sus libros, pero no encontré casi nada. La China escribió cuatro guiones cinematográficos, tres novelas, biografías, ocho libros de ensayo, antologías de cuento, y sin embargo era imposible comprar un libro suyo. “Yo no hago juego con nada, ni con los muebles ni con el amor, en realidad soy un gran desperdicio”, dice en una entrevista. Le reprochaba

a los literatos no haberla sabido apreciar, a diferencia del gremio de los periodistas. Del periodismo vivió muchísimos años, escribió para revistas y periódicos, fundó *El día y Mujer de hoy*, e incluso recibió el Premio Nacional de Periodismo por sus *Crónicas de Chile*. También militó en el PRI y fue diputada federal por Guanajuato en la LIII Legislatura del Congreso de la Unión. En el ensayo autobiográfico, *De cuerpo entero*, habla de esos años que fueron duros por la enorme cantidad de trabajo y porque padecía dolores en la espalda, pero su pasión por legislar hacía que valiera la pena.

Todo apunta, no obstante, a que la literatura era su gran amor, un amor no del todo correspondido. En el periodismo, contaba, tuvo que aprender la claridad, la concisión. Tuvo que refrenar las oleadas de palabras que se desbordan en la prosa de su ficción, un torrente neobarroco que se deleita en el léxico coloquial, del campo y de la ciudad, en palabras como *retache* y *tarugada* y *soponcio*, o en frases como “¿En qué piensas, reina, tan allí traspasada por calladurías?” “El más sabroso castellano”, así lo describe un personaje de *De Ausencia*. De todos los personajes que había inventado, la protagonista de esta novela, Ausencia Bautista Lumbres, era su favorito. Tanto la quería, que le dio ese mismo nombre a una perra suya.

Las librerías están inundadas de novelas que narran un sinnúmero de fantasías masculinas de todo tipo, pero las hay pocas como esta, *De Ausencia*, que da voz a las fantasías sexuales y vitales más extravagantes de una mujer. Ausencia es puro placer y aunque sufre mucho nunca deja de ser principalmente una gozadora: una mujer hermosa, millonaria, que no envejece.

La China dice en una entrevista que en su literatura no hay humor, a diferencia de su plática —que cuando no era graciosa era hilarante—, pero a mí me parece que también esto lo dice en broma. Sus descripciones, sus personajes y situaciones son hiperbólicos, muchas veces irónicos y escandalosos, y su prosa está llena de frases de este tipo: “Más fallido que un montañista asmático”. *De Ausencia* se lee entre risas.

El humor en este libro es parte del gozo pantagruélico, que Rabelais habría podido escribir sólo si hubiera sido mujer. Al humor se le suman la opulencia y el sexo; en particular este último, que es lo que más le gusta a Ausencia. El sexo está descrito desde una óptica femenina que subraya la

sensualidad y el disfrute, sin dejar de lado la ironía: “Todas las mujeres nos echamos a la cama con la facilidad que los hombres proclaman pero no les consta. Nos gusta sentirlos aquí abajo ¡ah, cómo me gusta!, pero no pasa de eso, un hacer lo que corresponde a quien así lo ha decidido”.

La historia de Ausencia Bautista Lumbres –creo que escribo su nombre en exceso porque me parece bellissimo, siento un placer en la lengua incluso si no lo pronuncio y sólo lo pienso– comienza en el XIX, en un pueblo minero, probablemente del Bajío. Huérfana de madre, se ocupa de ella su humilde padre, Gerundio Bautista, que por un golpe de suerte se convierte en millonario. El tiempo pasa en el pueblo, pero no en el rostro de Ausencia, que un día decide no envejecer y deja de hacerlo.

“Ella se atreve a matar a un amante, cosa que yo siempre he deseado profundamente”, dice la China, entre risas, en una entrevista. No está clara la relación entre el crimen de Ausencia y su permanente juventud, pero existe una comparación explícita con la condesa de Erzsébet Báthory, que asesinó a decenas de muchachas para que su sangre la mantuviera siempre joven. Ausencia no asesinó a cientos de mujeres, asesinó sólo a su amante. Ni siquiera lo asesinó ella directamente, lo hizo Macedonio, su segundo amante, mientras ella observaba la tortura. La novela no deja claro el motivo exacto del asesinato, pero se sabe que Daher estaba a punto de abandonarla. Probablemente lo asesinó por eso, y quizá también porque estaba aburrida, era una joven protegida y privilegiada, que tenía curiosidad de saber cómo sería presenciar el asesinato de alguien amado. Después del crimen, Ausencia se obsesiona con el fantasma de Daher, y deja de envejecer. Su personaje recuerda a los vampiros, pero recuerda también a otra que tampoco envejece nunca: Orlando, de Virginia Woolf. Al igual que Orlando, Ausencia vive lo suficiente como para presenciar largo y tendido el desfile histórico, desde el bello y decadente *fin de siècle* hasta la depresión de los años treinta. Muchas circunstancias, incluida la desigualdad extrema, siguen idénticas en su pueblo, mientras que en el resto del mundo las tecnologías avanzan, esas tecnologías que al inicio de la novela la elevan con el zepelín y que al final la hunden, en el barco Gigantic, una evidente parodia del Titanic.

Durante mucho tiempo no supe si mi abuela y la China se conocieron. Hace poco me enteré de que se vieron muy pocas veces, y que a mi abuela y a sus hermanas no les caía bien. Mi abuela, que era la decencia con patas, describía a la China como excesiva y alocada. Dice un pasaje de este libro: “Pude ser mejor, decente no, porque esa palabra la recortamos y nos hicimos con ella un cucurucho para semillas con sal, pero sí mejor, libre.” “De China libre”, era la expresión que usaba mi abuela para hablar de los momentos de alegría y de independencia: “Ahora sí, de China libre”. La usa la China, también, un par de veces en este libro, que manda a volar la decencia en aras de la libertad. Así se describe la China a sí misma en una entrevista: “soy escandalosa, abierta, emotiva, lagrimosa, expresiva a morir, soy exagerada, pero no por eso me vas a dejar de querer, ¿verdad?” No, no. Al contrario, quiero decirle. Por todo esto te queremos más.

Espero que este libro llegue a muchísimas manos, a todas las que no alcanzó en los años que estuvo sin reimprimirse. Espero que honre la memoria de una mujer demasiado viva para mi abuela y para su tiempo, demasiado estridente, sexual e indómita para el machismo flagrante de su época.

A la jacaranda la salvamos. Éramos pocas vecinas, pero no cejamos hasta detener la construcción del edificio y salvar el árbol. Lo hicimos por la jacaranda y lo hicimos por la China.

La última vez que la vi, yo iba por la calle acompañada de mi madre y llevaba a mi recién nacido dormido en la carriola. La vimos en su silla de ruedas, justo afuera de su casa. La saludamos con la mano y dos palabras y seguimos de largo. Unos pasos más adelante, nos gritó que nos regresáramos, quería ver de nuevo, un momento nada más, a mi hijo. Se asomó a la carriola, dijo que era hermosísimo, y antes de meterse a su casa me tomó fuerte del brazo y me dijo “cuídalo mucho”. Lo dijo con tal fervor que todavía hoy puedo escuchar cada sílaba en su volumen alto, en su tono extraño y su repentina trascendencia.

Hurra por las mujeres de la UNAM que decidieron resucitar este libro. Estas modestas palabras van por ellas y por la China.

DE AUSENCIA

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

A mi padre el licenciado Manuel Mendoza Albarrán

A mi hermano el alquimista Héctor Azar

Publicaciones
 *Fomento*
Editorial

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

...Odette, al llegar al promedio de la vida, por fin se descubrió o se inventó una fisonomía personal, un “carácter” inmutable, un determinado “género de belleza”, y aplicó ese tipo fijo, como una inmortal juventud, a aquellos descosidos rasgos de su cara que habían estado tanto tiempo sujetos a los caprichos casuales e impotentes de la carne, que a la menor fatiga se cargaban en un momento de años, de pasajera senectud; aquellos rasgos que construían a Odette, bien o mal, según fuese su humor o su gesto, su rostro disperso, diario, informe y delicioso...

MARCEL PROUST: *A la sombra de las muchachas en flor*

El pasado es un país extranjero: en él se actúa de manera distinta.

LESLIE P. HARTLEY: *El mensajero*

Dentro de ti tu edad
creciendo
dentro de mí mi edad
andando

PABLO NERUDA: *Oda al tiempo*

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

PRIMER ESPEJO

Ya inflado, de muchos metros alargados de hinchazón, meneándose torpe, bamboleándose rítmico, detenido en el aire, suspendido como si no tuviese peso, como si fuera el globo de un niño gigante que se le dominara por miles de cuerdas de tan grande el contorno. Tonto, amensado, casi podría decirse que estúpido, péndulo del viento, domado Eolo, recipiente de soplos, elefantiásico, quizá cómico, alucinante, máquina invento del diablo, sombrilla de hule amarillo y colorado, fálico recuerdo subconsciente, incitación a retornar a la parte blanca de infancia en los jardines con pilmamas y carroilas para no permitir los malos pensamientos del inmenso pene trepado allá arriba, inflamado mas no amenazante, verga de muestra, inalcanzable objeto protervo que paseara su cabeza de macho en brama por el límpido monte de Venus de un cielo sin respuesta, frígido, homosexual, más allá del bien y del mal, muslo azul para que el dirigible —que eso es— pasee su restirada piel priápica que tiembla angustiada de tanto contenido flatulento, oloroso a gas y neumático que silba desinflándose en el taller de la Ford; temblor por otro lado que no importa más allá de un mareo, en la casa de lámina que cuelga de los cables reteniéndola a él, amarrando la casa a él, aprisionando a ambos en las alturas para adivinanza de los niños que no saben qué fue primero si huevo o gallina, si zepelín o caseta de viajeros...

Ya infatuado pues esperaba el dinosaurio moderno a que las salas de estar de la casa de dos pisos que lo anclaba a la tierra aún con todo y su infinito ahuecamiento, para ser un real globo en la paz y no en la guerra, ya no, a que las ventanillas corredizas, abiertas entonces a la brisa del florido campo —olor a nardo, a flores romanas en eclosión— se llenaran de viajeros que asomados a ellas viendo hacia afuera, sacando pañuelos o gorras o kepíes, o hasta mensajes que iban a dejar caer allá arriba, cuando el viaje empezara, estuvieran acomodados en sus respectivas sillas de mimbre con hinchados cojines rellenos de aire, remedos miserables en pequeño del alma divina en soplidos del abuelístico globo, la mitad de él fuera del hangar,

la otra mitad adentro, para que las damas –ella– rezaran una jaculatoria que alejara otra vez los malos pensamientos de la lujuria y del pecado de la tensa carne de los hombres cuando acercan sus dirigibles de venas y semen rellenos a los triángulos negros de sus propios pecados entre las piernas de las damas –ella– que murmuraban “corazón purísimo de María...”, y para que los caballeros rieran entre comillas de la idea sexual (sería una locura) que el zepelín idiota les infundía en los cerebros acostumbrados a ligar burbujas con champaña y posesiones cortesanas en nocturnos libertinajes inventados para ellos, los caballeros respetables que viajaban por el mundo o vivían en Italia u hoy, por ejemplo, iban a pasear en dirigible inaugurando lo que daría en llamarse más adelante “un nuevo *sport* aristocrático”.

Los osados viajeros del aire, calificados así por el periódico esa misma mañana leído en cafés, recámaras cerradas al aire fresco de abril, pasillos del Santo Oficio y del Vaticano y de las numerosas rojas aterciopeladas doradas sin ventilar comodonas ex profeso tentadoras casas malas prostibulosas, placerosas, asignadoras y en una palabra: lupanares, y en otra: leoneros, de la católica apostólica y romana Roma de las extravagancias, los atrevidos romeros del aire, nerviosos esperaban reunidos al pie de la escalera un tanto empinada para las veinte esposas o sin desposar señoras que aguardaban envueltas en sus faldas estrechas, abultadas en el coxis, arriba de las nalgas por el recuerdo del polisón, abuelo olvidado ya y no obstante presente en las curvas que acentuaba una moda frívola de sobrefaldas y notable tendencia a dejar cada vez más al descubierto los tobillos y el principio de la pantorrilla, lo que conducía por irremediables y misteriosos sortilegios al pensamiento funesto para la pureza, a un invisible polisón metamorfoseado de lana, borra o plumas, en carne alebrestada que suplía por una sapiencia inconmensurable de la naturaleza, el bulto creado por un sastre, en nalgatorio de veras vivito y coleando y que no exigía ser desprendido por las noches sino que continuaba pegado al final de la rabadilla en el trasero de las mujeres que en la oscuridad eran marisabidillas cortesanas y en la mañana, como esa mañana, eran damas vestidas a la moda de los años veinte que empezaban bien, por lo visto, alejados de guerras desangradoras o garras de tela cubriendo cuerpos femeninos hasta la desesperación.

Esperaban, como decíamos, los veinticuatro esposos o novios o amantes o misóginos o pederastas o simples mortales alejados de la mano del demonio, todos sin excepción con el cogote metido en un cuello almidonado de forma curvada en los picos, o picuda en los mismos o vuelta hacia afuera como marca de página de libro que se lee, todos de corbata sin excepción, con chaleco y con sombrero de paja algunos, de fieltro otros, o cachucha un atrevido jovenzuelo, o kepí militar el único militar que no traía cuello ni corbata ni leontina y reloj, ni chaleco, ni sombrero, ni cachucha o gorra, sino simplemente un kepí, como Dios manda a los militares de los ejércitos terrestres.

Esperaban once niños de disímbolas edades, pues nunca se sabe con precisión qué edad tiene un niño si no se ha dado a luz un niño para calcular más o menos con certeza la edad de los demás niños de los otros hombres y mujeres esperanzados allí a subir alguna vez a aquel aparato ampuloso y silencioso que también esperaba a ser abordado. Los chiquillos limpios y arreglados en los vestidores de sus casas o en los salones de recibir de los hoteles, esos cuartos mínimos anexos a los dormitorios de cualquier albergue italiano, adornados con plantas de porcelana, relojes dorados sin funcionar, un sofá y dos sillones inhabitables y que sirven para dejar en ellos los paquetes que se adquieren en las distinguidas tiendas y cajones del ramo de la ropa cosida a mano y sin réplica en ninguna otra tienda o cajón de la ciudad de Roma ni mucho menos en tienda o cajón de otra ciudad del mundo, los bambinos, inmóviles por la aventura que ya iban a vivir y por la infinitud e infinidad de maravillosos cilindros, poleas, tubos succionadores, cables y cuerdas y mecates y alambres y fierros redondos o rectos, chimeneas, cristales, pedazos de ricas maderas formando abanico en las ventanas y, sobre todo eso, sobre todo la incontable cantidad de saquitos de arena que, apiñados en el descanso al final de la escalera, esperaban igualmente ser arrojados por un agujero cubierto hasta entonces por una red metálica y largas mallas y que, ellos lo sabían, en un momento iba a ser destapado para echar por allí los deleitosos saquitos que eran el lastre, junto con manifiestos pacíficos conmemorando la inauguración del zepelín M 1 —ex dirigible de la Regia Marina—, esperaban.

Por la puerta principal apareció el capitán del navío aéreo e invitó a los viajeros a principiar el ascenso por los escalones de la escalerilla, incli-
nándose varias veces, riendo con muchos dientes descarados que brillaban entre los rojos labios como pintados y dejando que pendieran del pecho hilos dorados y sobrevinieran balanceándose en la gravedad, en péndulo, mil retorcidos cables pequeños de oro que rodeaban las charreteras de los hombros.

Aletearon los excursionistas con presteza al llamado, formándose en fila multicolor que trepó entre gorjeos, risitas, gritillos o aspavientos elegantes exhalados a voz queda, limada por el té y las viandas exquisitas, para recordar así las severas enseñanzas de institutrices ya muertas, ya retiradas, o de las que libraban aún la batalla en los salones últimos de las mansiones, castillos, chalets o residencias citadinas, por aleccionar a los niños a hablar con inflexiones suaves que no lastimaran los oídos y que, ante todo, no fueran escuchadas por otras personas que carecieran del papel de interlocutores o confidentes, quienes podrían enterarse así de datos o secretos familiares o estados de ánimo únicamente entregables a quien conviniere socialmente, circunstancialmente, o por derecho propio.

La nave, así llamada con pompa y boato por la compañía particular que adquiriera en dura y enconada lucha el dirigible, en compraventa que había sido envidiada hasta en los más cerrados centros bursátiles de la Italia mediterránea, estaba dividida en dos pisos comunicados por una escalera de caracol cubierta de terciopelo color vino. Los asientos, catorce del lado derecho y catorce del lado izquierdo, arriba y abajo, daban cabida a parejas que podían mirar el paisaje con igual ligereza, aunque el pasajero que no tuviera la suerte de estar junto a la ventana por una mala jugada de la ventura o por la obligación marital de ceder a la compañera el cristal mejor, tenía que hacer algunos leves, mas no por ello menos molestos movimientos, para atisbar lo que ocurría abajo, allá abajo en donde los hombres trabajaban caminando por las calles de la ciudad papal. Este desplazamiento inevitable del asiento a la orilla de la ventana era más dificultoso aún, aunque no lo debiera, por la sensación innoble de los asientos inflados que daban la idea primera al aposentarse en ellos, de una masa dura, neblinosa, gelatineando

el cuerpo entero carente de estabilidad instantánea en garras de un vahído giratorio, o, por lo contrario, inerme en medio de las aguas de un río mágico que tumultuoso quisiera voltear a uno, viajero en cayuco humilde. Claro que esta contingencia era racionalizada de inmediato y aceptada, aún más, por el exotismo que ofrecía: ¡cojines de aire, ya no saben qué inventar!

Si alguno de los presentes acariciaba aún el miedo natural y lógico por la experiencia a punto de alzar el vuelo, la gracia del interior del piróscafo, sus adornos encantadores, las alfombras, las mesillas de luz repletas de margaritas, las revistas de modas para distraerse, todas nuevas indudables en su virginidad, las nacaradas cajas de cigarros muy originales en su forma ovooidal insinuando zepelines ultramarinos, y el súbito servicio de empleados disfrazados igualmente de marineros, como si la compañía quisiera de este modo homenajear a la gran Regia Marina subrayando similitudes viajeras: globo con velas embarazadas, babor y estribor con punta y final de la casa guardina, navegar por flotar, arena por ancla, brújula por brújula, cuerdas por cordeles, aires de altamar por aires celestiales, servidores que ofrecieron a los globantes ardorosos cafés en tazas de ligerísima porcelana china, cualquier temor resultó inverosímil y absurdo. Los viadirigibles se sintieron entonces nuevos Cristóbales Colones, más aún, Marcos Polos tranquilizados. Seguros, serenos, en sus corazones dejaron el grito de ¡tierra a la vista! y en la mente la fábula crecer, el sueño realizarse.

El paisaje se deslizó hacia atrás y en el grupo cundió una primicia más plausible: el hangar está ya vacío, salimos, caminamos, vamos hacia adelante y hacia arriba. ¡Qué lema político podría ser concretar estas acciones! pensó ella mientras su carita contemplaba las muchas otras de mecánicos y reporteros que hacían señas los primeros con varias lindas banderas de colores y que aluzaban los segundos con sus cámaras de magnesio lanzando plops, plops a la mañana, como luciérnagas que se hubieran equivocado de hora durante un cataclismo despertador. Y así, sin más, empezó el ruido. Cien mil ruedas dentadas rodaron sus brillos oscuros, sus resbalosas aceitosas pieles intocables; se tensaron las reatas, el hule lucífero latió, chasqueó amenazador, cayó al suelo el primer saco arenífero y luego fueron

diez centímetros, en seguida un metro, a continuación tres, y de este modo al elevarse el monstruo subía con él un fragor intolerable, un escándalo de ferrocarril de todos los demonios, entre miradas desconfiadas, dubitativas, despedidoras, hipnotizadas, arrepentidas o tranquilas, de aquellos que ya han visto cualquier infierno y este armatoste a mí no me va a sacar de mis casillas, después de todo ya me andaba, adiós tierra, adiós; compórtate, es la cosa más natural, estás en los principios de los mutantes viajes, de Roma a París en veinte horas, de Roma a Nueva York en ¿setenta y dos? ¡qué barbaridad!, mira, mira cómo se hacen enanos los hombres, las casas de muñecas, los árboles pelusas, ve, ve, la ciudad de oro con su columna corintia agrisada del Tíber y su cajete coliseico, su turrón partido de Víctor Manuel, sus puentes y avenidas, su riguroso matrimonio lésbico entre la Vía Apia y la Vía Aurelia, sus cinco millones de mininos que corren debajo de las ruinas y de las mesas de los cafés al aire libre y al aire preso, y que no se distinguen desde aquí, ya, al fin, sin olores de meados y miradas bíblicas, de jueces que no perdonan a los perros de los hombres sin pelos o de perros hombres con pelos, que no excusan a los perros, y así.

Viajaré siempre en papalote, de marquesa que sabe menear el zepelín, pensó Ausencia Bautista acomodándose el muaré del enfaldo que hacía juego con el muaré de la sombrilla humillada de los izamientos que la subían, con Ausencia, rumbo a los cielos, ella: sombra de sol, sombrilla, sombrita en los altos de los sombreros, de los buenos y malos pensamientos, de los globos de palabras, de las miradas que matan como puñaladas, de los entrecejos miopes o los parpadeos deslumbrados de colores o sabores, o promesas, o, a veces, besos masculinos masculladores, maculadores, anunciadores de otros besos que la sombrilla no atestiguaba porque sus testimonios eran siempre al sol, repisa solar, colcha solar, entre sol y tornasol, hacedora la sombrilla de penumbras, y de murmuraciones, y de listas de compras y de pecados. La sombrilla era plegada a la realización de los hechos imaginados bajo sus enaguas, enredados a sus varillas graciosas en la hipérbolo, inútiles en la clausura entre calzones de tela ayer vela solar, hoy, desde hace media hora, media realidad, adelgazamiento por inservible, dieta a oscuras por ningún sol que apantallar.